**HOY LUNES 30 DE
DICIEMBRE DE 1991**

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

**San Cristóbal, Ciudad Real
Tres sombras tutelares**

Subir a San Cristóbal de Las Casas en los días finales del año impide aflojar la tensión profesional. Atrás de la bulla de estas fiestas, en la antigua Ciudad Real salta a cada momento la información sobre el conflicto nunca resuelto entre los indios y los ladinos, con sus ángulos nuevos, nutridos por el auge de las llamadas sectas, cuya proliferación puede ser alentada por la

inminente legislación sobre las iglesias. El conflicto agrario y la desigualdad que crea siguen generando sinsabores y violencia, y la situación relativa lejos de ser arreglada por la también proximísima nueva normación rural, será agudizada por sus consecuencias.

Por añadidura, el relevo de los ayuntamientos se realiza, en algunos municipios, en medio de las dificultades que, provocadas por los mecanismos de selección interna en el PRI o en la elección constitucional, no han sido más que aplazados para estas fechas. Estas son propicias, en fin, para que miembros de cabildos que están por concluir su gestión

sean apresados antes de que puedan sustraerse a la acción de la justicia, o antes de que su aprehensión parezca, como puede serlo, simple venganza política.

Pero se trata de apartar las urgencias del oficio, aunque no el oficio mismo. Por eso, la condición apacible de estos días, la cálida hospitalidad de nuestros anfitriones, la fuerza evocativa misma de esas sombras tutelares de San Cristóbal nos lleva a pensar en ellas, a tenerlas presentes. Pienso en tres, de distinto jaez, que imprimieron su huella, o la recogieron, en los altos chiapanecos.

El primero, es por fuerza, fray Bartolomé, el obispo por antonomasia, el personaje situado en el centro de polémicas sin fin. El obispo de Chiapas y de Santo

Domingo no debe admitir, entre nosotros, más que el título de Defensor de los Indios. Lo recuerdo, retratado probablemente por Jesús Helguera en los calendarios enormes que algunas cigarreras repartían hace cuatro décadas, protegiendo la desnudez doliente de los encomendados, cautivos desde entonces de un poder avasallador que no comprenden ni pueden combatir, aunque hayan podido resistirlo.

Comiteca por nacimiento o prosapia, Rosario Castellanos pasó algunos de sus años más fecundos en el centro indigenista de San Cristóbal. Su literatura narrativa se nutrió de vivencias infantiles, pero adquirió vigor expresivo en su etapa sancristobalense. *Ciudad Real* y *Oficio de tinieblas* lo atestiguan. No fue,

por cierto, una escritora costumbrista, y la disminuiría decir que en sus páginas sólo discurre el ir y venir de los habitantes de esta antigua metrópoli.

En sus novelas hay un calado hondo, incisiones punzantes en el alma humana, el trazo de caracteres que no se producen en la realidad, porque la escritora no se limitó a copiarla, pero sí a extraer de ella la fuerza de las pasiones, las altas y las ruines.

Muy cerca del Parque Real, el centro de la ciudad, veo una calle bautizada con el nombre de los Hermanos Domínguez. El apellido, ilustre en la comarca, no corresponde, esta vez, a héroes civiles o próceres militares. Se trata del homenaje que su ciudad natal rinde a Alberto Domínguez y sus hermanos.